Andrés Molina Prieto

Centinela del Sagrario

El Sagrario es una mano siempre abierta y siempre repartiendo cosas buenas...

¿Os enteráis bien. comulgantes y visitantes del Sagrario? ¡Siempre! ¡Siempre!

¿Sabéis lo que se necesita para recoger esas cosas buenas que se están repartiendo siempre en el Sagrario?

Una sola cosa: ir con el corazón abierto y volver con el corazón cerrado.

¿No es eso lo que hace nuestra mano cuando le ofrecen algo: abrirse para tomar y cerrarse para guardar?

Bto. Manuel González

Centinela del Sagrario

Beato Manuel González García

Obispo de Málaga y Palencia

Andrés Molina Prieto
Canónigo Emérito de la S.I.C. de Jaén.
De la Sociedad Mariológica Española

Dad y buscad
compañía reparadora
a Jesús abandonado
en su vida eucarística.

Las virtudes recia y ejemplarmente pastorales del beato Manuel González resplandecen cada vez más, en la Iglesia, a medida que se acerca el momento de su canonización.

Su personalidad es de gran talla como sacerdote, como obispo, fundador, catequista, escritor, como heraldo y misionero de la Eucaristía. Aquí radica precisamente su título más glorioso: **Apóstol de los Sagrarios abandonados.**

Hablar del beato Manuel González es hablar necesariamente de la Eucaristía y del Evangelio: la Eucaristía profundamente entendida a través del Evangelio. El Evangelio plenamente vivido a través de la Eucaristía. Éste es el sencillo anverso y reverso de su testimonio y su mensaje, siempre actual e imperecedero, porque supo beberlo de la fuente inagotable de donde mana toda su fuerza eclesial.

Practicó sin desmayo y predicó sin cansancio una auténtica piedad hosticéntrica, buscando en cada Misa, en cada Comunión y en cada visita al Sagrario, la savia vivificante del testimonio cristiano. Para combatir el abandono de la Eucaristía, funda en Huelva (España), el 4 de marzo de 1910, la Obra de Marías y los Discípulos de San Juan para los Sagrarios-Calvarios, con sus ramas de Juventud Eucarística Reparadora (J.E.R.) y Reparación Infantil Eucarística (R.I.E.), Cuya dinámica evangelizadora es adentrarse en la realidad del mundo de hoy, y a modo de fermento, ser hostias vivas, apóstoles y testigos de que **Jesucristo está vivo en cada Sagrario.** No quiso tener otro ideal pastoral ni otro programa que el Sagrario, donde orientó siempre la brújula de su vida. Por eso su último

deseo fue «ser enterrado junto a un Sagrario, para seguir diciendo a los que pasen ahí está Jesús». Sus huesos, con eco vivo, descansan en la capilla del Sagrario de la catedral de Palencia.

Semblanza biográfica

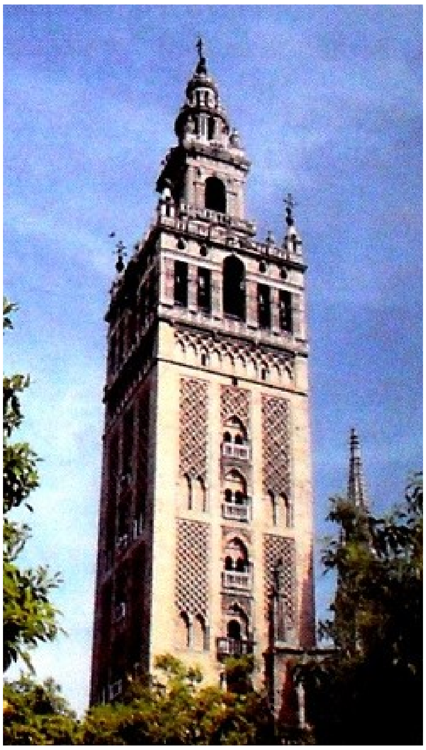
Don Manuel González García, insigne obispo, sucesivamente, de Málaga y Palencia, es una figura especialmente significativa en la Iglesia española de la primera mitad del siglo XX. Gracias a su afortunado biógrafo José Campos Giles (1), millares de lectores conocen el retrato interior de este hombre excepcional que, a semejanza de Jesús, pasó haciendo el bien (2). mostrando en todas las circunstancias de su vida, totalmente abnegada, un corazón amable y sencillo (3). La cronología de su vida, singularmente fecunda, cabe en un luminoso círculo de sesenta y tres años incompletos, exactamente desde el 25 de febrero de 1877 en que nace en Sevilla, hasta el 4 de enero de 1940 en que muere en Madrid. Y entre ambas fechas, toda la cinta prieta y polícroma de tantos acontecimientos como forman el misterioso mosaico de cada existencia humana.

Cuando se trata de ciertas personas cuya grandeza debe medirse precisamente desde dentro, según el inspirado aviso del salmista (4), es laborioso pergeñar la semblanza, y aún más difícil ofrecer en pocas páginas la síntesis biográfica a cuyo trasluz se asome, con vigorosos trazos, nuestro egregio protagonista. No obstante el fácil riesgo, creemos deber al lector los datos biográficos más fundamentales y relevantes del insigne prelado andaluz. Al realizar este propósito, no quisiéramos perder de vista la fina advertencia del poeta: *Dinos en pocas palabras / sin dejar el sendero / lo más que decir se pueda / denso, denso..*

Desde este momento pedimos disculpas si no acertáramos a dibujar este bosquejo biográfico con tanta densidad, precisión y brevedad, como sinceramente deseamos. Vamos a fijarnos en las fases más relevantes de su admirable singladura, que son, a nuestro juicio las siguientes:: 1) hacia el sacerdocio; 2) primicias pastorales; 3) arcipreste de Huelva; 4) obispo de Málaga; 5) en el exilio; 6) obispo de Palencia.

Presentamos, al menos, en sus líneas esenciales, estos seis capítulos de su vida prodigiosamente apostólica, mansamente luchador en mil batallas silenciosas al servicio del Reino eucarístico de Jesucristo. Don

Manuel González lo hizo todo por el Evangelio (5), soportándolo todo para no ponerle tropiezo (6), y pensando sólo en el Señor para alabanza de su gloria (7).



Hacia el sacerdocio

Nació don Manuel en la sevillana calle del Vidrio, en la madrugada del último domingo de febrero de 1877, y fueron sus padres don Martín González Lara y doña Antonia García Pérez, naturales de Antequera (Málaga). Este ejemplar matrimonio se había trasladado a Sevilla en 1875, donde don Martín estableció un taller de carpintería y ebanistería. Doña Antonia fue el genuino prototipo de mujer bíblica que nos describe el Libro de los Proverbios (8). Comulgaba a diario —costumbre harto difícil en aquellos tiempos— y acertó a inyectar en el cuarto fruto de su virtuoso matrimonio la profunda piedad eucarística que respiraba. Bautizado en la parroquia de San Bartolomé Apóstol y confirmado en el palacio arzobispal por el cardenal don Ceferino González, hace su primera Comunión en la iglesia de las Escuelas de San Luis, del que había sido aventajado alumno, siendo admitido más tarde en el colegio de San Miguel, frente a la catedral, en donde el Cabildo se preocupaba por atender la esmerada formación literaria, moral y musical de los niños de coro. Tanto destacó entre sus compañeros, que pronto fue seleccionado para el honroso puesto

de «seise» en la catedral sevillana. Hasta el 11 de mayo de 1931 —relata Campos Giles—, en que fue devorada por las llamas la residencia episcopal de Málaga, se conservó un retrato suyo con el simpático traje de los seises sevillanos (9). Profundamente dichoso con este privilegio en el que tanto había soñado, comenzó a entusiasmarse por todas las manifestaciones de la piedad mariana y del culto eucarístico que fue el programa obsesivo de su vida. Tan profunda huella dejaron en su alma las intervenciones corales durante la danza de los Pajes en honor de la Inmaculada y del Corpus Christi, que en la última fiesta de la Inmaculada que pasó en la tierra, estando ya muy grave, entonó la famosa copla de Miguel del Cid, coreada desde hace siglos por el pueblo de Sevilla: *Todo el mundo en general / a voces, Reina escogida, / diga que sois concebida / sin pecado original (10).*

Con su padre y familia

La rica educación religiosa recibida en su familia, verdadera iglesia doméstica (11) donde los padres predicaban su recia fe mediante la palabra y el ejemplo, y los venturosos años pasados con tanto provecho en el colegio de San Miguel, contribuyeron a depositar en su alma el precioso germen de la vocación sacerdotal, cuyo fomento incumbe por ineludible deber —como ha enseñado el Concilio Vaticano II (12)— a toda la comunidad cristiana, comprometida testimonialmente en ofrecer al Señor apóstoles y predicadores del Reino (13). Nada extraña que, sin consultar a

sus padres y de acuerdo con su párroco, arreglara todo para entrar en el seminario, después de aprobar el examen de ingreso. Sus buenos progenitores apoyaban complacidos el firme propósito de seguir su vocación, y en octubre de 1889 inició el primer curso en el viejo caserón del seminario menor de Santas Justa y Rufina. Fue un seminarista modelo a lo largo de todos sus estudios. Sus compañeros le oyeron repetir la que había de ser después una de sus frases favoritas: Si mil veces volviera a nacer, mil veces volvería a ser sacerdote (14). Como dos constantes progresivamente pronunciadas, se destacaron siempre en su fina espiritualidad la devoción a María Inmaculada y al Santísimo Sacramento.

En abril de 1894 participó en la magna peregrinación obrera a Roma, para celebrar el Jubileo Episcopal de Su Santidad León XIII. Esta hermosa experiencia le sirvió mucho para configurar su vida futura en una marcada fidelidad a la Cátedra de Pedro.

En 1900 recibe el subdiaconado y al año siguiente el diaconado. Había orado muchas veces: Que yo no pierda mi vocación (15). Después de conseguir el doctorado en teología, el 21 de septiembre de 1901 es ordenado sacerdote en la capilla del palacio arzobispal por el gran cardenal sevillano don Marcelo Spínola y Maestre, quien le había dado muestras asiduas de singular predilección al virtuoso y superdotado seminarista de quien tanto esperaba.

Primicias pastoral»

Celebró su primera Misa solemne en la iglesia de la Santísima Trinidad, el día de San Miguel, siendo asistido por el que años más tarde había de ser Rector mayor de la Pía Sociedad Salesiana, don Pedro Ricaldone, y rodeado del entrañable afecto de sus padres, en cuyas virtudes familiares reconoció siempre como un primer seminario (16). A partir de este gozoso acontecimiento, se entregó con pasión a saborear su espiritual luna de miel, como él decía, actuando con denodado celo apostólico en aquellos meses de sus primicias sacerdotales. A los veinticinco años da una tanda de Ejercicios espirituales a las señoras de la parroquia del Sagrario, continuando a lo largo de los tres años y medio que siguieron a su ordenación una intensa actividad apostólica, ya que no sólo predicaba en muchas iglesias de Sevilla, sino también en los pueblos de la diócesis. Su lema, expresado más con hechos que con palabras, fue en todo

momento: trabajar, siempre trabajar, hasta que se apague el último rayo de luz y la noche le sorprenda sobre los surcos abiertos (17).

Pero hay una experiencia-clave en el sacerdocio recién estrenado de don Manuel, que polariza definitivamente su ideal pastoral. Todos los biógrafos la han puesto de manifiesto mostrando i u eficacia configuradora. Nos referimos a su primera misión en Palomares del Río, que él mismo consignó por escrito como una vivencia decisiva. Recojamos, en parte, este valioso testimonio:

«Me ordené de sacerdote, y pasado el *primer cuarto* de aquella espiritualmente luna de miel, me mandaron los superiores a dar una misión al pueblecito Palomares del Río (...).

> *(El pueblo estaba separado de la capital por un río que atravesó en un vaporcito acompañado del sacristán. En el trayecto, el joven sacerdote le hizo muchas preguntas sobre la situación religiosa del pueblo; las respuestas del sacristán fueron tan deprimentes, que termina el beato diciendo: «El hombre aquel fue echando sobre el fuego de mis entusiasmos más agua fría que yo acababa de cruzar en el vaporcillo...»).*

Fuime derecho al Sagrario de la restaurada iglesia en busca de alas a mis casi caídos entusiasmos... y ¡qué Sagrario! ¡Qué esfuerzos tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor para no volver a tomar el burro que aún estaba amarrado a los aldabones de la iglesia y salir corriendo para mi casa!

Pero no hui. Allí me quedé un rato largo y allí encontré mi plan de misión y alientos para llevarlo a cabo; pero sobre todo encontré...

Allí, de rodillas ante aquel montón de harapos y suciedades, mi fe veía, a través de aquella puertecilla apolillada, a un Jesús tan callado, tan paciente, tan desairado, tan bueno, que me miraba...

De mí sé decir que aquella tarde, en aquel rato de Sagrario, yo entreví para mi sacerdocio una ocupación en la que antes no había ni soñado.

Ser cura de un pueblo que no quisiera a Jesucristo, para quererlo yo por todo el pueblo, emplear mi sacerdocio en cuidar a Jesucristo en las necesidades que su vida de Sagrario le ha creado, alimentarlo con mi amor, calentarlo con mi presencia, entretenerlo con mi conversación, defenderlo contra el abandono y la ingratitud, proporcionar desahogos a su Corazón con mis santos Sacrificios...

Para el interés de mi historia baste decir que la impresión de aquel tristísimo Sagrario, de tal modo hizo mella en mi alma, que no solamente no se me ha borrado, ni se me borrará en la vida, sino que vino a ser para mí como punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal de otra manera, no sé si llamarle menos poética o más seria.

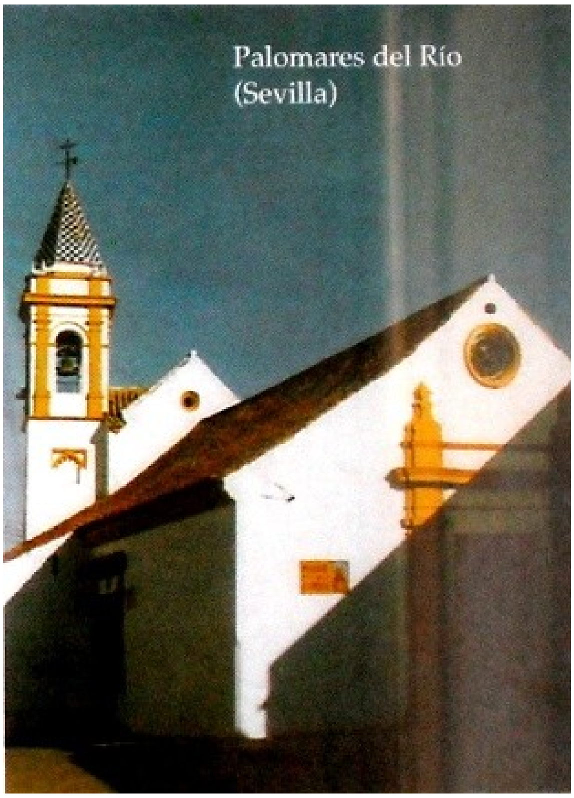
Al poema pastoril de mis ensueños apostólicos del seminario había sucedido de pronto la visión de una tragedia. Sobre aquel cuadro todo luz, todo expansión, todo alegría de los pueblos que yo creía cristianos y que por tanto tiempo había embelesado mi alma, acaba de caer una mancha roja, como de sangre, que quitaba toda la alegría del cuadro y apagaba toda la luz...

¡Ay! abandono del Sagrario, ¡cómo te quedaste pegado a mi alma!

¡Ay!, ¡qué claro me hiciste ver todo el mal que de ahí salía y todo el bien que por él dejaba de recibirse!

¡Ay! ¡qué bien me diste a entender la definición de mi sacerdocio haciéndome ver que un sacerdote no es ni más ni menos que un hombre elegido y consagrado por Dios para pelear contra el abandono del Sagrario!...»

La cita ha resultado excesivamente larga, pero sumamente valiosa y expresiva. Muchas veces aludió don Manuel de palabra y por escrito (19) a esta singular experiencia a la que es preciso acudir para poder comprender su específica vocación eucarística. Este hecho es frecuente en la hagiografía y señala el momento culminante de una vida empeñada en responder al llamamiento divino con la fidelidad de Abraham, Jacob y Moisés cuando pronuncian con rendida fidelidad ante Yahvé su obediente **Heme aquí (20).**



La fuerza de un carisma

Con toda la razón anota Campos Giles, analizando la experiencia misionera de Palomares del Río, como dato profundamente influyente en la espiritualidad del novel sacerdote: «El golpe que había de cincelar para siempre la figura del beato Manuel González, **la gracia especial** que iba a imprimir carácter a toda su vida, le esperaba en un pueblo: ¡Palomares del Río!» (21).

La impresión de este **primer Sagrario abandonado** sella para siempre su alma limpia y sensible, ungida por un pujante sacerdocio capaz de absorber todas sus ilusiones. Tan memorable fue esta dolorosa experiencia —y al mismo tiempo tan fértil—, que, en perenne recuerdo de

la misma, las «Marías» sevillanas colocaron una lápida en la capilla del Sagrario de Palomares del Río, que fue bendecida y descubierta por el cardenal Segura, arzobispo de Sevilla, el 4 de marzo de 1941, con motivo del XXXI aniversario de la fundación de la Obra de Marías y Discípulos de San Juan para los Sagrarios-Calvarios, hoy, Unión Eucarística Reparadora (22).

Las primicias pastorales de don Manuel se vieron coronadas con el nombramiento de capellán del asilo de las Hermanitas de los Pobres, el 8 de febrero de 1902. Cuando toma posesión de este cargo, su plan estaba trazado en función de una vocación especialísima descubierta en Palomares del Río, ante un Sagrario solitario y destrozado. Comienza a reorganizar el Apostolado de la Oración, convirtiendo a los ancianos y monjitas en los primeros reparadores. Su «Obra» estaba ya germinalmente en marcha y a ella consagró todos sus esfuerzos. Los frutos se presentaban ubérrimos con una inmediata perspectiva de cosecha. Años más tarde escribía nostálgico y conmovido: «Ancianitos queridos de las Hermanitas, ya habréis muerto casi todos, y habréis visto qué espléndidamente paga en el cielo aquellas horas de compañía el Jesús del Sagrario de aquella capilla» (23).

Arcipreste de Huelva

En marzo de 1905 es nombrado cura ecónomo de la parroquia de San Pedro, de Huelva, y a los pocos meses arcipreste de esta ciudad andaluza.

La situación actual de la nueva feligresía queda reflejada en esta frase recogida en su anecdotario pastoral: ¡Dios mío! ¡Una parroquia de 20.000 almas sin una Comunión diaria! (24).

El panorama religioso era francamente desolador. La situación social se presentaba también con caracteres alarmantes, ya que muchos mineros onubenses carecían de trabajo, viéndose reducidos a una agobiante pobreza y desamparo. El cardenal Spínola no había querido ocultarle la grave preocupación que Huelva suponía para su corazón de buen pastor. No le mandaba ir, sino que le invitaba a acudir a ésta, la más necesitada y difícil parcela de su diócesis. Es hermosa la respuesta del joven sacerdote que acababa de cumplir los veintiocho años: «Señor, los deseos de mi prelado son para mí órdenes. ¿Cuándo quiere que me vaya»? (25). El prelado le encarga que durante tres días medite en silencio este ofrecimiento, pero el

fervoroso sacerdote persiste en complacer a su arzobispo, quien le dice con paternal comprensión: «Sé que es usted muy joven para un arciprestazgo tan importante, y para lo malo que está aquello; yo he vivido allí y lo conozco, pero ¡no importa! Vaya, pruebe, y si no le va bien, se viene». Don Manuel marchó a Huelva, y durante diez años largos se entregó al servicio de sus feligreses. He aquí el lacónico balance que él mismo realizó de su estancia onubense:

«...si en algo y en **algos** por mi pobre gestión se reformó aquello, y se acabaron las divisiones, y por medio de escuelas netamente cristianas y cristianizadoras se comenzó a formar una ciudad nueva, debo lealmente atribuirlo a estas cuatro cosas o causas:

1ª Que estuve donde Dios me puso y no mi gusto.

2ª Que a pesar de mis muchas flaquezas puse toda mi confianza en el Corazón de Jesús.

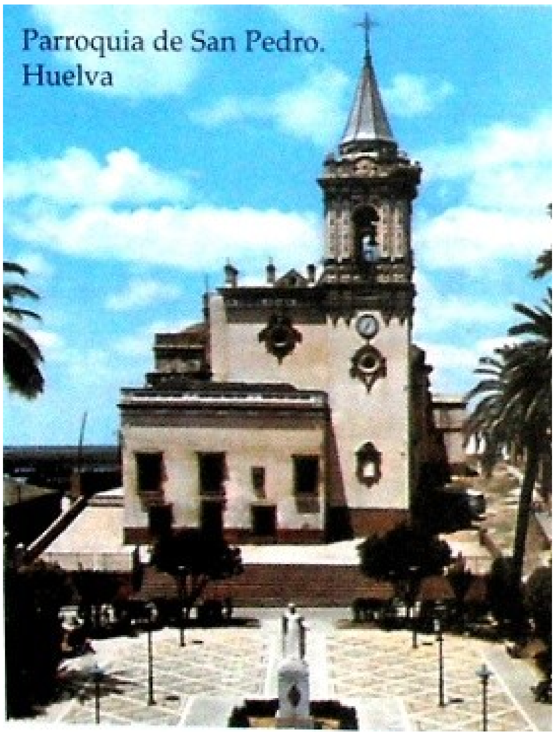
3ª Que abrí todos los días las puertas de mi parroquia a las cinco y media lo más tarde, y que a esa hora estábamos mi coadjutor y yo sentados en el confesonario con penitentes y sin ellos.

4ª Que practiqué la predicación callejera *ad laudes et per horas,* sin miedos ni respetos humanos» (27).

Estas palabras revelan a las claras su actitud pastoral. La labor fue dura desde el principio, pero poco a poco se iba abriendo camino en una ciudad explotada por falsas ideologías, y corrompida por muchos vicios y lacras. Se imponía la tenacidad inquebrantable de un apóstol con fe heroica y temple de mártir.

¿Cómo actuó don Manuel en Huelva? Hay una carta que nos da la clave para comprender su recio estilo sacerdotal. La redactó seis meses antes de ser preconizado obispo y la dirigió a un neopresbítero. Es verdaderamente antológica y voladamente autobiográfica:

«Yo deseo para Lid. un sacerdocio que escriba como San Francisco de Sales, que predique como San Juan Crisóstomo, que confiese como el beato Cura de Ars, que celebre como San Felipe Neri; que se chifle por la gloria del Amo, como San Ignacio por la gloria de Dios; que se entregue a los prójimos *sin quitarse a Dios* como San Pablo, que sea puro, fiel y delicado como San Juan Evangelista, y que ame a Dios, a la Iglesia y a las almas como el propio Corazón de Jesús.



Le quiero a Ud. tan ilustrado como humilde; tan celoso como discreto; tan blando como puro; tan confiado en Él como desconfiado en sí; tan activo como interior; tan... loco por la Eucaristía como el loco mayor de los manicomios del Amor no amado.

Que sea usted **un sacerdote eucarístico** en su piedad, en su propaganda, en su catequesis, en su familia, en sus amistades, en sus puntos de vista y... todo lo demás vendrá por añadidura» (28).

Pensamos que esta carta, modélica y ardiente, late en toda la fabulosa personalidad espiritual y apostólica del beato Manuel González. Con preferencia a cuantas realizaciones concretas de carácter pastoral puedan enumerarse, ella evidencia todo un talante inconfundible, todo un estilo paulino de actuación ministerial y toda una infatigable estrategia para conquistar a las almas. A lo largo de un fecundo decenio se suceden ininterrumpidamente diversas fundaciones de carácter social, pedagógico, catequístico y religioso. Se bendicen dos iglesias, se abren nuevas escuelas. El año 1910 señala un doble jalón de enorme importancia espiritual y apostólica: funda la Obra de las Tres Marías de los Sagrarios-Calvarios, y escribe su primer libro: Lo que puede un Cura hoy, que tanta resonancia tuvo en el clero español y más allá de nuestras fronteras. El 4 de marzo de 1910 quedará indeleble en los anales de la espiritualidad eucarística española. En la capilla del Sagrario de la parroquia de San Pedro nacía, para gloria de Jesucristo Sacramentado, la legión reparadora de almas silenciosas, ávidas de acompañar al gran Abandonado, de la misma forma que las tres Marías acompañaron a Cristo en la Cruz.

La eficacia renovadora de esta iniciativa genial puesta en marcha por el celoso arcipreste de Huelva, produjo efectos maravillosos. Sea suficiente decir que en 1913 empieza a difundirse en el continente americano, estableciéndose en Cuba. En 1914, el total de comuniones en la ciudad onubense, se aproxima a las 200.000, y en 1915 eran ya 700.000 las «Marías» españolas. La humilde semilla de Palomares del Río había germinado y crecido **sin que él supiera cómo** (29). Serían precisos varios volúmenes para describir exhaustivamente la íntegra actuación pastoral, social, educativa y religiosa que llevó a cabo don Manuel González durante su arciprestazgo de Huelva. El inventario exacto no corresponde ciertamente al biógrafo, sino a Dios, a quien nada se le oculta: los niños y los pobres, las escuelas y las catequesis, los enfermos y los obreros, las asociaciones y los retiros, las conferencias y las pláticas, la pluma y el púlpito, el apostolado social católico y la pedagogía religiosa, constituyeron por igual el dilatado frente de su parcela parroquial. Don Manuel González, el incansable batallador y benemérito arcipreste de Huelva, supo cumplir a carta cabal el heroico programa del apóstol San Pablo: «Yo de muy buena gana me gastaré y me desgastaré por vuestras almas, aunque amándoos con mayor amor, sea menos amado» (30). Amó y fue amado. Comprendió y fue comprendido. Luchó con denuedo y venció con humildad. Se sacrificó y recogió el fruto de sus inmolaciones. Cuantió el buen arcipreste dejó su amada ciudad andaluza, estaba ya

recristianizada, La semilla caída en buena tierra había producido el ciento por uno (31).

Obispo de Málaga

El prestigio del arcipreste de Huelva había llegado a todos los rincones del país. Sus obras, sus escritos, su apostolado social eran conocidos dentro y fuera de España. Su conferencia en la III Semana Social de Sevilla en 1908, y su intervención en el Primer Congreso Catequístico de Valladolid, en 1913, le granjearon una merecida y unánime fama. Ll clero español de principios de siglo descubrió en don Manuel González un auténtico adelantado en nuevas técnicas apostólicas de fecunda aplicación parroquial. La jerarquía puso sus ojos en él como prototipo de sacerdote evangélico.

En el verano de 1915, cuando sólo contaba 38 años de edad, estando descansando en tierras de Avila, le llega una carta de monseñor Ragonessi, nuncio de Su Santidad en España, donde se le anunciaba que había sido propuesto para obispo auxiliar de la diócesis de Málaga. Don Manuel acude a San Sebastián, donde se encontraba el nuncio, para declinar con gentil firmeza este nombramiento, para el cual se considera inepto. Su sincera humildad encontraba numerosas razones para no aceptar el episcopado. Pese a sus ruegos, hubo de convencerse de que aquélla era la voluntad de Dios y la voluntad del Papa. Fueron inútiles sus argumentos y súplicas. El día 6 de diciembre es preconizado obispo titular de Olimpo y auxiliar de Málaga. Tres anécdotas indican sin ningún género de dudas que don Manuel jamás buscó honores eclesiásticos, ni soñó nunca con la mitra. Cuando su antiguo profesor en el seminario de Sevilla, don Manuel Sanz y Sarabia, fue consagrado obispo y le ofrece la Secretaría de Cámara y Gobierno, juntamente con una canonjía en su nueva diócesis de León, el arcipreste declina agradecido la tentadora oferta, y elige quedarse entre sus harapientos polvorineros: «Aunque naturalmente me halagaba mucho más lo que él me proponía, sobrenaturalmente pretería Huelva» (32).

Cuando el cardenal Almaraz pondera ante el arcipreste la pesada cruz del episcopado, don Manuel responde a su prelado con edificante y ejemplar energía: «Eminencia, créame, siento y he sentido siempre un horror inmenso a todos los honores, y más a esa tan alta dignidad. Si acepté fue porque el señor nuncio me lo pedía en nombre del Papa y en el nombre de Dios. Pero aún estamos a tiempo (...). No tengo ningún interés

en ser obispo; al contrario, por obediencia he aceptado el serlo. Para mí, S. H. es el representante de Dios; si cree que debo renunciar, obedezco y me quito de encima una carga enorme» (33).

Cuando don Manuel Burgos Mazo, a la sazón ministro de Gracia y Justicia, oriundo de Huelva, se dispone a «brindar protección» al arcipreste, por razón de paisanaje, haciendo lo posible desde su puesto político para conseguir su promoción, e invitándole a pasar por su despacho madrileño, don Manuel responde con gesto desprendido que inspira la santa libertad de los hijos de Dios exentos de compromisos humanos: «¿Qué se me ha perdido a mí en el Ministerio, señor ministro? Cuando lo necesite para mis niños pobres, o para mis escuelas, entonces iré» (34).

Hemos aducido estos tres comportamientos del beato para que resulte evidente su total pureza de intención y su absoluto desinterés por los cargos eclesiásticos. Aceptó el episcopado por rendida obediencia y fiel servicio a la Iglesia.

Sus primeros pasos como obispo

Su consagración tuvo lugar el 16 de enero de 1916 (35), y la actitud conmovida del nuevo obispo durante la ceremonia se convirtió para todos en un vivo ejemplo. Después de despedirse de sus queridos feligreses de Huelva, a los que profesará siempre inolvidable afecto, hizo su entrada en Málaga, el 25 de febrero, como obispo auxiliar del anciano prelado don Juan Muñoz Herrera, quien prácticamente se mostraba impotente para regir la diócesis malacitana. Comenzó a actuar con el mismo estilo, celo y fervor sacerdotal que le caracterizaban. Málaga comunicativa y entusiásticamente expectante, le correspondió con el corazón abierto. En 1917 es nombrado administrador apostólico de la sede malagueña. Su entrega es plena y el ritmo de su trabajo pastoral realmente agotador. Incontables anécdotas revelan la humilde sencillez, la bondad paciente y la actitud incansablemente servicial de su alma genuinamente apostólica. Málaga apreció con fina intuición la excepcional talla de su virtuoso obispo, cuyo lema eucarístico permanece siempre inalterable:

> *«Yo no quiero que en mi vida de obispo, como antes en mi vida de sacerdote, se acongoje mi alma más que por una pena, que es la mayor de todas, el abandono del Sagrario, y se regocije más que por una sola alegría, el Sagrario acompañado» (36).*

Pero esta divisa interior no obsta en modo alguno, sino que antes favorece y despliega una perfecta adaptabilidad a la nueva grey encomendada. Había hablado con mucho acierto de tan difícil cualidad pastoral, en cuyo prudente ejercicio reside la clave del atractivo apostólico:

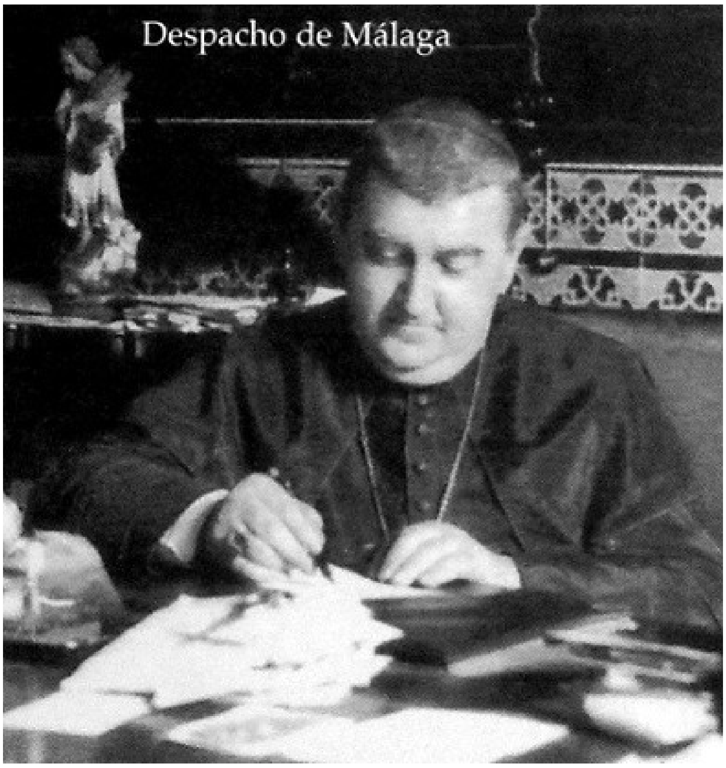
> *«Adaptabilidad es... poner en la cara y en el gesto y en la palabra y en la obra lo que naturalmente no se tiene ganas de poner. Es tirar la red al agua y a uno mismo, si es preciso, sin ahogarse; es tratar a cada cual, no por los méritos propios, ni por la simpatía que nos inspire, ni por las ventajas que traiga, sino sólo por lo que representa» (37).*

Si como arcipreste de Huelva supo adaptarse a todo y a todos, difundiendo siempre la doctrina evangélica en sus escuelas, catequesis, barriadas obreras, obras parroquiales y demás actividades inspiradas siempre por un amor ilimitado al Amo, como obispo de Málaga multiplica

sus contactos con las gentes, buscando sembrar en todo momento una palabra de estímulo, un gesto amable, un delicado consuelo. Por eso pudo afirmar de sí mismo en un rato de expansión familiar: «Habrá habido otros obispos más santos, más elocuentes, más sabios, más... de lo que sea, pero más en contacto con el pueblo que yo en Málaga, creo que no» (38).

Don Manuel fue **sociólogo a lo divino** que había aprendido la gran solución del Evangelio a los pies del Sagrario. Se mantuvo fidelísimo a esta línea de conducta pastoral. Era la idéntica respuesta a idéntica pregunta: «Corazón de Jesús, ¿por dónde empiezo? (39). Comenzaba siempre por Jesucristo y terminaba siempre en Él:

> *«Ahí es donde yo creo que ha de empezar ese cura para su acción social católica: mirando mucho a Cristo y llenándose de aquella mirada dulcemente triste que busca en quien descansar y no halla... Ahí está su programa social, contar primero con Dios y después vengan escuelas, patronatos, cajas rurales y granjas, que todo llegará rebosante de vida... Hay que imitar al Maestro, que, después de hartar de pan al pueblo, con un milagro, lo prepara para anunciarle el otro pan que da la vida eterna» (40).*



Recorre su diócesis realizando amplios y minuciosos programas de visita pastoral. Su casa está siempre dispuesta para todos sus ciudadanos, y él mismo acude a franquear la entrada, tranquilo y sonriente ante la

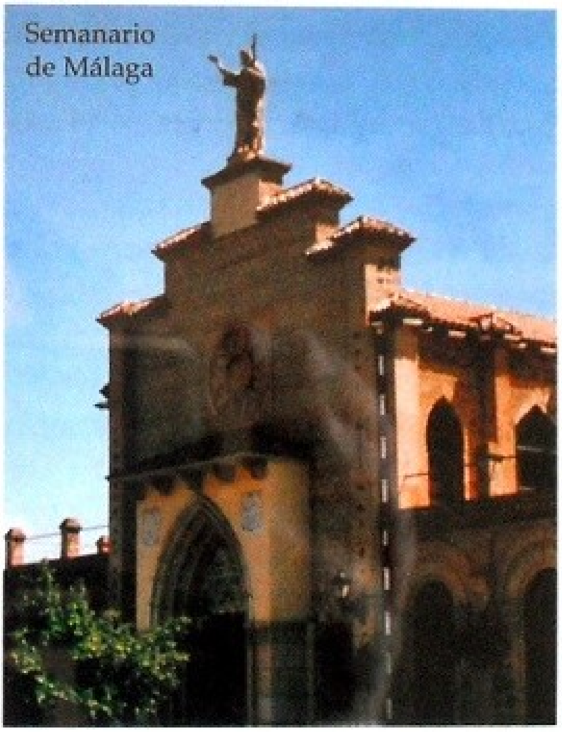
extrañeza de sus familiares: «¿En qué canon se le prohíbe al obispo que abra la puerta?» (41). El 22 de abril de 1922, tras la muerte de su antecesor, fue nombrado obispo titular de la diócesis malacitana, cuyo plan de recristianización apoyó en tres pilares básicos: la adecuada formación de los futuros sacerdotes, la educación religiosa de los niños y el cultivo de la auténtica espiritualidad en los cristianos practicantes (42). Se entregó con apasionada ilusión a la ardua tarea de levantar un nuevo seminario, fruto milagroso de su fe heroicamente viva. Fomentó los catecismos parroquiales, dotándolos de los mejores medios sugeridos por la pedagogía religiosa, multiplicó las escuelas parroquiales concediendo las subvenciones que estaban a su alcance para conseguir la hermosa realidad de una escuela católica **en espíritu, en tendencia, en profesión y en obras** (43).

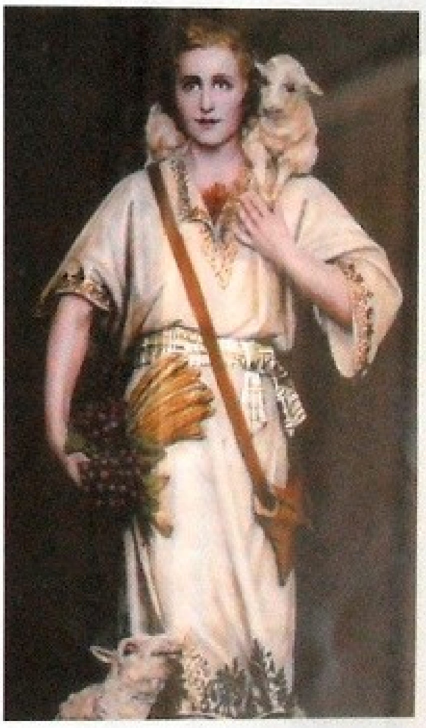
Quiso remediar las enormes llagas de Málaga con la eficacia contundente de un programa concreto: «Es más fácil, práctico y provechoso empezar a trabajar por el retorno a Jesucristo, preparando el de los que están más cerca de Él que el de los que están más lejos» (44).

Era tal el empeño y generosidad desplegada en ayudar a los centros catequísticos, que en una reunión expuso su decidido compromiso: «De hoy para siempre debía saberse que hasta su pectoral y su anillo estaban a disposición de los catecismos, pues prefería desprenderse de sus insignias episcopales antes que dejar morir a un solo catecismo por falta de recursos pecuniarios» (45).

No desaprovecha ocasión ninguna para la evangelización y la eucaristización. Fundaciones suyas le ayudaron en este programa: los Misioneros Eucarísticos Diocesanos, que llevaron a cabo una admirable labor asistencial periódicamente a los pueblos sin sacerdote, las Hermanas Nazarenas y la Institución de Marías Auxiliares, activas y fieles herederas de los ideales eucarísticos de don Manuel. Sus primeros pasos episcopales fueron abriendo amplios surcos donde la buena semilla daría, con el tiempo, ubérrima cosecha. En cada rincón de su entrañable Málaga va dejando una palabra, un consejo, una caricia, una sonrisa, un saludo (46). Don Manuel sintió, a semejanza de Cristo, compasión de su pueblo (47) y volcó sobre él la inmensa catarata de su caridad evangélica. Repartió en Málaga alrededor de 400.000 pesetas de limosnas anuales que, según confesión propia, recibía de manos de unos para dejar en manos de otros (48). Sintió el dolor sacerdotal de tantos Sagrarios sin almas y de tantas almas sin Sagrario. La inauguración de la iglesia del nuevo seminario y la entronización del Sagrado Corazón de Jesús en la diócesis, le colmaron de

indecible consuelo. Fueron como el símbolo de un episcopado fecundo, eminentemente pastoral, prodigado a golpe de sacrificio constante, durante quince años largos, hasta el 11 de mayo de 1931, trágica fecha para la Iglesia malagueña. Comienza aquí un nuevo capítulo en la vida del Beato.





«Del Cenáculo al Calvario»

El incendio del palacio episcopal al mes escaso de proclamarse la república en aquel nefasto 14 de abril, colocó al beato Manuel González sobre el ara del sacrificio. Sus palabras escritas en 1910 resultaban proféticas y programáticas para su corazón de pastor:

> «No es hora de morir, es hora de vivir para pelear, para predicar, hacer bien a las almas..., es hora de sembrar..., aunque no se vea el fruto; es hora de echarse la cruz sobre los hombros y llevarla por todas partes para que la vean los hombres y no la olviden, sin temor tampoco de que un día cualquiera arranquen los sayones de la revolución triunfante esa cruz de las espaldas... y, fijándola en cualquier calvario formado con los peñascos de muchas ingratitudes, lo claven y den muerte...» (49).

Oportunamente comenta Campos Giles: «Veinte años después de haber escrito esta página alentadora, él subía al calvario» (50). Iba a saborear la amargura luminosa de la cruz, eje vivo de su sacerdocio episcopal, garantía segura de su prodigiosa fecundidad apostólica.

En el destierro

Con la vandálica quema del palacio episcopal comienza para don Manuel su largo cuatrienio de amargos sufrimientos soportados con férrea fortaleza. En este difícil período de su vida fue cuando don Manuel creció visiblemente en todas las virtudes. Puede asegurarse que su ejemplar actitud está expresada exactamente en estas palabras de San Pablo: «Nos maldicen y bendecimos, padecemos persecución y la sufrimos con paciencia» (51). Acercarse a su epistolario de este tiempo y a todas las páginas escritas durante los cuatro años de su lacerante vía-crucis, es descubrir todos los quilates de su temple heroico. Don Manuel puso entonces, como siempre, su total confianza en el Señor. Cuando el peligro es inminente y teme morir carbonizado en el incendio devastador del palacio, o es agredido por las turbas diabólicamente envenenadas, su exhortación y oración es de ofrecimiento victimal:

> «Ofrezcamos nuestras vidas por la Iglesia y por el reinado del Corazón de Jesús en España y en la diócesis...
>
> Jesús mío, perdónanos y perdona a tu pueblo; ten misericordia de nosotros, que hemos pecado, y acepta el ofrecimiento de nuestras vidas por tu reinado en España, especialmente en la diócesis. Madre Inmaculada, salva nuestras almas, guárdanos bajo tu manto» (52).

No huye de la chusma agresiva, sino que se presenta ante ella con la serena mansedumbre que revelan sus palabras evocadoras de las pronunciadas por Cristo en Getsemaní (53), con que apacigua el amenazador griterío: «¿Qué queréis? Aquí me tenéis, a vuestra nobleza me entrego» (54). No intentamos describir la crónica de estas horribles jomadas vividas por nuestro Beato Padre camino de su destierro. Siguiendo las prudentes indicaciones de sus colaboradores y amigos, y no estando seguro en ningún rincón de su atormentada diócesis, buscó refugio en Gibraltar, donde llegó el 13 de mayo a media noche para acogerse a la

bondadosa hospitalidad de monseñor Richard Fitzgerald, obispo católico del Peñón.

Se le ofreció hospedaje en el Asilo Gavino e inmediatamente se dirigió a sus diocesanos con una emotiva carta pastoral en la que hace alusión a la sacrílega ola de pavorosos incendios que arrebató a Málaga más de cuarenta templos, dejando sin hogar a multitud de párrocos, capellanes, religiosos y religiosas, y sin escuela a miles de niños y niñas, huérfanos en su mayoría. Explica después su aflictiva situación, nimbada siempre de esperanza:

> «Sin casa en donde vivir y dormir seguro, pues a la que habité por caridad después del incendio y saqueo de la mía sobrevinieron amenazas, pánicos y consternaciones, me vi obligado, Dios sabe cuán contra mi voluntad decidida, y creo que probada a vivir y morir entre mis queridos hijos, a refugiarme en estas hospitalarias tierras.
>
> Recibid la bendición de aliento, de fortaleza, de paz y de esperanza que desde lejos os envía, deseando que las circunstancias permitan dárosla de otro modo. Vuestro Obispo» (55).

Desde entonces comienza a servir y regir su amada grey desde la lejanía dolorosa del forzado destierro. En su diario íntimo hay un pensamiento y una jaculatoria donde quedan estampadas con maravillosa nitidez sus afectos y reacciones de esta ausencia verdaderamente martirial en la que su alma va madurando en íntimas vivencias espirituales:

«Viviendo con Jesús no es posible sentirse desterrado en parte alguna. Él es la parte de mi herencia y de mi cáliz. Sin él, el mundo es un desierto y un destierro; con El, unido a Él, hasta el infierno, si fuera posible esto, se convierte en cielo....

»Padre nuestro que estás en los cielos: por el Corazón de tu Hijo sacramentado, te pedimos perdón por nuestro ayer, te consagramos nuestro hoy y te confiamos nuestro mañana» (56).

Su programa en Gibraltar es muy intenso: redacta pastorales e instrucciones para el *Boletín Eclesiástico del Obispado;* escribe libros de espiritualidad y pedagogía; recibe a diversas comisiones y visitas de sacerdotes que constituían sus cuitas preferentes. Frente al huracán de la persecución y el odio destructor de sus enemigos, don Manuel valora sólo los aspectos positivos: «¡Benditas persecuciones que ponen a los hijos en trance de ser más hijos, y al padre de ser más padre, y al uno y a los otros de ser más sacerdotes...! ¡Somos y seremos sacerdotes a favor de ellos, con ellos y a pesar de ellos!» (57).

Su afán de perdón resulta toda una lección evangélica que repite obsesionadamente en una conmovedora plática a sus siete diáconos malagueños ordenados sacerdotes en la misma capilla del Asilo donde se hospedaba:

> «Acabáis de ser constituidos ministros de Dios, ministros de su omnipotencia, y vais a ejercer ese ministerio entre los hombres que os aborrecen y persiguen, hombres que no ha mucho han profanado y destruido los templos de ese Dios omnipotente de quien sois ministros... Él manifiesta í principalmente su omnipotencia no arrasando ciudades, y aniquilando a sus enemigos, sino perdonando a los que se arrepienten y teniendo lástima de los que se obstinan en su pecado... Por tanto perdonad generosamente a los que nos han maltratado y robado, a los que han incendiado nuestros templos, pretendiendo borrar de la tierra hasta el nombre de Cristo; perdonad

si se arrepienten; y a los que no se arrepientan, compadecedlos; tenedles mucha lástima: así seréis ministros fieles de la omnipotencia de Dios» (58).

Siete meses largos permaneció en la plaza de Gibraltar, hasta que el 26 de diciembre regresó de nuevo a su diócesis, estableciendo su campo de operaciones en la hidalga ciudad de Ronda, donde convivió con los Padres Salesianos, a cuya Congregación se sentía vinculado (59). Pero las hordas ya marxistizadas no le dejaron tampoco tranquilo en su refugio de paz. Vive cada día más intensamente identificado con la voluntad de su Amo y cumple con escrupulosa fidelidad las indicaciones del nuncio, monseñor Tedeschini; peregrina a Roma para informar de la situación de su diócesis a Pío XI. Don Manuel registró la fecha memorable de su gozoso encuentro con el Papa y las palabras afligidas que éste le dirigió ante los acontecimientos de España. La audiencia tuvo lugar el 10 de octubre de 1932:

> «Hoy, por fin, he tenido la audiencia con Su Santidad. Casi no se habló más que de la situación de España, por la que está muy afligido, y no sé cuántas veces repetía: "Povera Spagna. ¡Hora tenebrarum!"
>
> Estaba más para consolarlo que para dar consuelo» (60).

En la primavera de 1934 repitió su viaje a Roma, invitado especialmente a la canonización de Don Bosco por los padres Salesianos. Es recibido nuevamente por el Pontífice de la Acción Católica, quien en público, ante miles de peregrinos, alude a don Manuel con una expresión cariñosa: «Nuestros venerables hermanos los Obispos de España aquí tan simpáticamente representados por el obispo de Málaga, que tanto ha padecido por el nombre de Jesús...» (61).

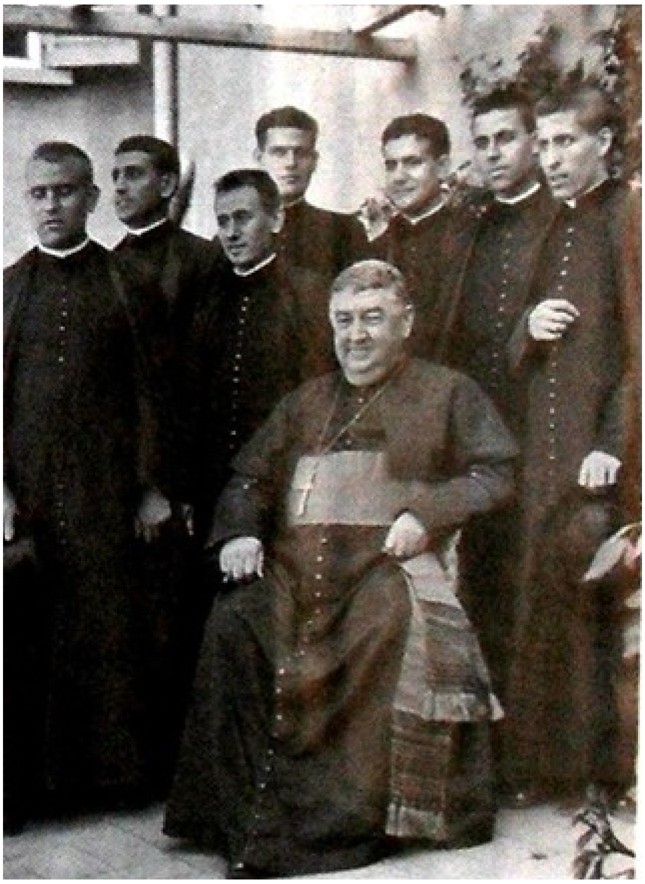
Efectivamente, la jerarquía y los católicos españoles estaban sometidos a indecibles vejámenes y a una persecución insidiosa, ocultamente dirigida, oficialmente permitida. El Papa Ratti conocía con exacta precisión el ritmo crecientemente demoledor de la persecución desatada contra la Iglesia española, cuya etapa más virulenta provocó la guerra civil el 18 de julio de 1936. Prueba de este trágico proceso es que el 3 de junio de 1931, —es decir, a los veintitrés días de los tristes sucesos de Málaga—, el cardenal Segura, en nombre de los metropolitanos, dirigía al presidente del Gobierno provisional de la República una detalla exposición

de los agravios hechos a la Iglesia. El punto quinto del documento rezuma el profundo dolor producido por las sacrílegas profanaciones cometidas:

> «A la más enérgica protesta de todos los buenos españoles, suscitada por los incendios de iglesias, conventos y palacios episcopales, se une en nombre de todo el episcopado la de los metropolitanos, que lamentan vivísimamente no sólo los incalculables daños ocasionados, cuya legítima reparación reclaman, sino principalmente los sacrilegios y profanaciones con este motivo perpetrados» (62).

¡Qué desolador panorama cuyas trágicas consecuencias llegarían a su punto más álgido cinco años más tarde, se atisba en esta solemne denuncia y protesta del episcopado español!

Don Manuel González sufre, medita, ora y escribe. Piensa continuamente en su diócesis. Su etapa rondeña no ha llegado a durar un año. Los cabecillas revolucionarios han hecho lo posible para que no continúe residiendo en este bello rincón de la diócesis, desde el cual pastorea con incansable tenacidad. El cerco se hace cada vez más atenazador y agresivo. Finalmente, en noviembre de 1932, se ve forzado por mandato de la Santa Sede a fijar temporalmente su residencia en Madrid. Se consuma una nueva fase crucificadora en su itinerante marcha de obispo desterrado (63).



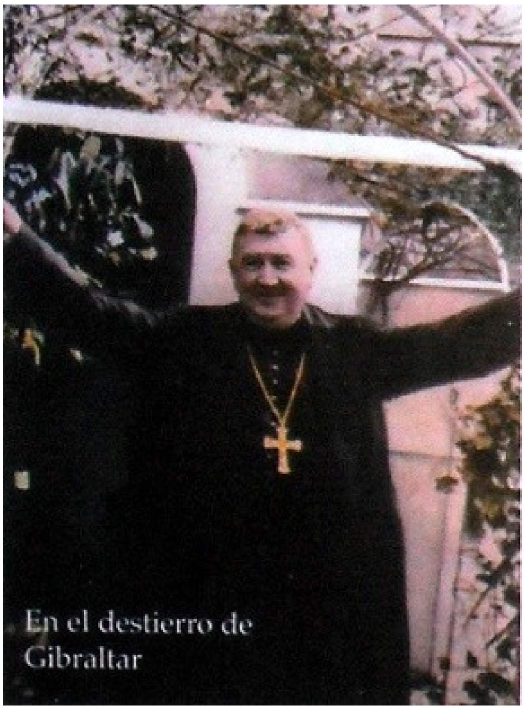
Gobernando su diócesis desde Madrid

Un humilde piso de la calle Blanca de Navarra le sirve de morada provisional y desde él sigue rigiendo la Sede malagueña «hasta que el Amo quiera», que tal era su frase resignada. Don Manuel piensa, día y noche en su lejana y probada diócesis. Nos ha dejado un conmovedor balance de sus constantes nostalgias pastorales realizado a los pies de Pío XI, en su quinto y último viaje a Roma:

> «...¡Cómo tenía yo presente, más que en mi memoria en mi corazón, a mi perseguida y arruinada diócesis, a mis queridos sacerdotes, a mi seminario y a mis seminaristas del alma, a mis religiosos y religiosas, dispersos aún muchos de ellos, a mis generosos auxiliares de Acción Católica, a mis maestros y maestras todavía fieles, a mis pobres niños, en peligro de odiar a Jesús, y a tantos amigos buenos, de dentro y de fuera de mi diócesis, que no me han dejado, y a las Marías y Discípulos de San Juan, de España, del mundo entero, y ¿por qué no decirlo?, a mis enemigos y perseguidores míos y de mi Iglesia...; para todos aquéllos, una

bendición de paz, salud, fortaleza, abundancia de bienes de todas clases, y para éstos, una bendición también de gracias de conversión y de enmienda de vida» (64).

Su etapa madrileña fue vigorosamente dinámica y eficiente para sus obras eucarísticas, publicaciones y planes ulteriores. Numerosas personalidades y diocesanos visitan al prelado para recibir sus consignas de aliento y de fidelidad en la hora de la prueba. Toda España conoce, admira y quiere al obispo del Sagrario abandonado, que lleva con edificante paciencia y serena alegría su cruz de exiliado Las populares muestras de afecto y el homenaje espontáneo de los católicos catalanes impresionaron vivamente al siervo de Dios. Barcelona, al igual que España entera, valoró y vitoreó al virtuoso obispo andaluz, que recogía en todas partes delicados testimonios de entusiasmo y cariño. El 4 de marzo de 1935 don Manuel se sintió inmensamente dichoso al poder celebrar las Bodas de Plata de la Pía Unión de las Marías de los Sagrarios-Calvarios, extendida entonces por muchas naciones —entre ellas Italia, y más en concreto Roma—, y repetidamente bendecida por Pío XI y Pío XII. El fundador dirigió a todas las Marías asistentes una plática memorable. Fueron circunstancias singulares en las que, no obstante los dolores físicos de su enfermedad, el Señor recompensó a su fiel siervo copiosamente.



Las Bodas de Plata de la «gratitud ambulante» como él solía llamar a la fiesta fundacional del 4 de marzo, resultaron un premio a sus heroicos esfuerzos, y fueron también el símbolo de su exaltación. Si don Manuel

sabía muy bien que la palabra de Dios no está encadenada (65) y que el grano de trigo debe caer sepultado para brotar centuplicado (66), no conocía, en cambio, que sus palabras escritas en sus ya distantes tiempos de arcipreste se convertirían en signo profético de su escondida postergación:

> «¡Ay!, cuando contemplo la vida de estos hombres ignorados, héroes desconocidos, luchadores incansables, y los veo trabajar un día y otro casi sin estímulos, sin apenas ver fruto, atacados por delante y quizá por los lados por los mismos que con él debían estar, no puedo menos de acordarme de aquel libro que en su primera página escribe: "El mundo no lo conoció", y en la última, "y lo crucificaron entre dos ladrones". Pero... *Tertia die resurgid.* Sí, después de la muerte, la resurrección; así es como muere Cristo y los que por Él y como Él mueren. No lo olvidéis, amigos queridísimos, apóstoles de la caridad, no lo olvidéis, ¡hay resurrección!» (67).

En Gibraltar

La hora de la prueba definitiva iba a sonar con acentos de intensa amargura. El 5 de agosto de 1935 es nombrado obispo de Palencia. Era difícil renunciar, pero estaba dispuesto a consumar el sacrificio y «a esperar con rendida obediencia a que el Sumo Pontífice decida cómo ha de ser mi sacrificio por la sede con la que el Espíritu Santo me desposó, si

sirviéndola desde dentro, sometido a los peligros enumerados, gobernándola desde el destierro o dejándola viuda para que encuentre esposo que mejor la defienda o con quien menos la ataquen» (68).

Era difícil la renuncia, pero estaba dispuesto. Lo que más iba a costarle era marchar a otra diócesis. Gráficamente había expresado al Papa en sus visitas a Roma, cuál era su deseo: «Viudo cuando a Su Santidad le plazca, segundas nupcias, con nadie» (69). Pero Pío XI, atendidas y ponderadas las circunstancias difíciles que todavía persisten en su sede, creyó más prudente desligarlo de la diócesis de Málaga, después de haberla servido cerca de veinte años. Don Manuel se rindió a la voluntad de Roma con una total disponibilidad y con una bella jaculatoria. Su comunicación a monseñor Tedeschini terminaba así: «Señor Nuncio, tengo hambre de servir a la Iglesia a gusto de mis superiores. Nada más que eso». Su jaculatoria rezaba de este modo: «Corazón de mi Jesús, si Tú quieres que para que salga un buen clero en Málaga, sea yo el grano sepultado y muerto debajo del surco de la tierra. ¡Fiat, fiat!» (70).

Éste era el talante prodigioso de un hombre que concluía con cuatro años de martirizante destierro, consumado con perfecta aceptación y paciente conformidad, su oblación al Señor y a la Iglesia.

Conviene poner de relieve el profundo amor a la Iglesia que se destaca siempre en la vida y obra de don Manuel González. Es una «constante» de su rica espiritualidad y de su valioso magisterio. Vivió con pasión de fidelidad su divisa de servir en todo momento a la Iglesia como ella quiere ser servida, sintiendo con ella, e identificándose con sus enseñanzas, normas y orientaciones.

Evidentemente la eclesialidad, asimilada, vivida, profesada y enseñada, es una nota característica, inseparable de su persona, testimonio, escritos y mensaje.

Amó filialmente, obedeció fidelísimamente y sirvió heroicamente a la Iglesia, Esposa de Jesucristo en la que gustaba contemplar con predilecta mirada, en su dulce condición de Madre y Maestra.

Pastor en Palencia

Únicamente cuatro años y tres meses iba a permanecer en tierras de Castilla don Manuel. Lo suficiente para una fecunda sementera. Su

despedida por carta de sus diocesanos de Málaga es todo un testimonio de virtud acrisolada:

> «¿Con pena? ¿Con alegría? ¿Con amargura de derrotado? ¿Con satisfacción de vencedor? ¿Queriendo? ¿Odiando? Me voy obedeciendo y, por consiguiente, triunfando. El que obedece triunfa...
>
> Salí de Málaga llorando... Y ésa es mi despedida de mis malagueños. ¡Mis lágrimas! Ellas os dicen que os he querido de corazón, con toda mi alma, y en medio de mi pena, me dan el consuelo de decirme que he cumplido con vosotros el principal, el esencial deber de un pastor: amar a sus ovejas. No se llora al dejar lo que no se ama. ¿Con acierto? ¿Sin acierto? Dios lo sabe y nos juzgue a todos con misericordia» (71).

Su entrada en Palencia, el 12 de octubre de 1935, fue verdaderamente apoteósica. Sus disposiciones interiores suponen un alma plenamente purificada y desasida de todo. Sólo le preocupaba la gloria del Corazón eucarístico de Jesucristo. Su propósito es luminosamente significativo: «Me ofrezco como pequeña hostia sonriente y quiero ser el Vicario del Corazón de Jesús en Palencia».

Sus ejercicios espirituales en el monasterio de la Trapa de San Isidro de Dueñas le confortan y animan para iniciar la última etapa de su singladura episcopal. Palencia se ha preparado para recibirlo en **espíritu de justa reparación**. Más de 30.000 personas le esperan en la capital para aplaudirlo con filial entusiasmo. Su saludo en la catedral deja al descubierto su honda y fina sensibilidad pastoral sometida a tantos tormentos morales, y, sobre todo, su abnegación heroica para entregarse a todos con perfecta caridad y afán de servicio:

> «Amadísimos hijos, quiero hablar, debo hablar y no puedo hablar. Cuando se siente como un oleaje de sentimientos encontrados que andan encrespados en el corazón, no se tienen, como yo tengo, más que ganas de llorar. Llorar de gozo, llorar de consuelo, que también se llora dentro de la alegría. Al cruzar hoy vuestras calles me he sentido nacer de nuevo. Al oír esos gritos de ahora de ¡Viva el obispo!, me acordaba de otros de ¡Muera el obispo!, y he llorado acordándome de mi Maestro, cuando se asomaba a una ciudad, a la ciudad de su Corazón, que no le amaba, quizá por aquello de que nadie es profeta en su propia patria...

¡Qué mayor alegría para mí que caer en esas calles muerto por hacer bien a mis hijos de Palencia! (72).

¡Sencillo programa de amor sacerdotal manado a borbotones de su corazón magnánimo! Durante el último cuatrienio de su vida, se entrega con creciente denuedo a fomentar a todos los niveles los contactos con sus diocesanos, da nuevo impulso a todas las obras eucarísticas, funda la revista infantil *«Reine»* para los Niños Reparadores. Su predilección está puesta en el seminario y en los sacerdotes. Cuando estalla el Movimiento Nacional, acoge varios seminaristas de otras diócesis que buscan refugio en Palencia. El Obispo bueno moviliza sobre todo a los niños para que oren ante el Sagrario pidiendo por la paz de España. En plena guerra civil organiza misiones en distintos pueblos de su diócesis y acude a ellas para predicar su tema favorito: el amor reparador a Cristo Eucaristía. Lleva a Palencia todas sus fundaciones, instalando un nuevo Nazaret, y multiplicando los centros de Marías y Discípulos de San Juan (73). Don Manuel está extenuado y siente que Dios le llama a su reino. Las muchas pruebas pusieron cerco a su noble corazón y la tragedia de España, en una fratricida guerra de liberación, acaban por minar su quebrantada salud. Hay un apunte biográfico de expresivo valor profético: «Entro de Ejercicios en el seminario. Molesto con frecuencia y dolor... palpitaciones del corazón, flaqueza de la cabeza, en general sin dolor, cansándome pronto de oír *attente.* Con el espíritu agobiado por falta de fuerzas para cumplir mis ministerios, principalmente la Visita pastoral y todo lo que sea movimiento y acción corporal... Perplejidad entre la esperanza de mi curación por un milagro de la misericordia del Corazón de Jesús en el Sagrario y el presentimiento de mi próxima muerte. He aquí mi estado» (74).

El 28 de octubre de 1939 emprende viaje a Zaragoza y se despide de la Virgen del Pilar, consagrándole su diócesis, su Nazaret, su seminario y sus sacerdotes. Su vida y su obra quedan prendidos en el manto de la Reina de la Hispanidad. El 13 de noviembre regresa a Palencia, pero antes asiste en Madrid a la Conferencia de Metropolitanos, representando al arzobispo de Burgos. Su estado físico es alarmante: «¡No había pasado yo por esto y era menester que también pasara!» Le brotan ardientes jaculatorias reveladoras de sus enormes sufrimientos: «Corazón de mi Jesús, Tú lo quieres, hágase tu voluntad. *¡Fiat, fiat!* ¡Hostia callada!, enséñame a sufrir en silencio y con buena cara. ¡Qué bueno es Dios! ¡Qué bueno es Dios! ¡Vamos a quererle mucho! (75).

Se agrava por momentos y la urea no remite. El enfermo siente constantes y crecientes dolores. Una exclamación espontánea acusa la suma gravedad: «Me falta la vida». Experimenta inmensas torturas que le atenazan. El día 28 de noviembre recibe el Viático revestido con roquete y estola. Si mucho le dolía su cuerpo maltrecho, más sufrimientos laceraban su alma: «¡Si me duele el corazón de tanto querer!» Pocas frases como ésta evidencian la grandeza de su alma iluminada y generosa. Transcurre un mes y la gravedad persiste con leves intermitencias de mejoría aparente. Puede decirse que Palencia entera desfila por palacio para preguntar por su prelado. Todos oran por su curación, mientras aprenden inolvidables lecciones de paciencia y conformidad con la voluntad soberana de Dios. Se ha puesto en sus manos porque sabe de quién se ha fiado (76). No desea sino llegar a la meta, corriendo presuroso en el estadio (77), y por eso

mismo suplica: «No pidan para mí más que la santidad; lo demás no tiene importancia» (78).

Todo su programa ascético queda condensado en esta maciza consigna a sus religiosas: «Pues hay que llegar a fuerza de más abnegación a más santidad... ¡La mayor fidelidad! ¡El mayor silencio! ¡La mayor obediencia! (79).

Los médicos intentan hacer un nuevo esfuerzo para salvarlo y deciden su traslado a Madrid. Las probabilidades de éxito son casi nulas, pero lo estiman conveniente. El enfermo acepta sumiso y después de una emotiva despedida, es trasladado el 31 de diciembre. Manda detener la camilla ante la capilla episcopal y prorrumpe en alta voz en esta ferviente jaculatoria dirigida al Amo: «Corazón de Jesús, gracias te doy por tantos dolores como me das; gracias por lo que me has hecho sufrir. Bendito seas por todo y porque ahora quieres que me vaya. Tuyo soy, haz conmigo lo que quieras. Si quieres que vuelva bendito seas, y si no quieres que vuelva, bendito seas; si quieres curarme, bendito seas, y si no..., ¡lo que Tú quieras!» (80).

Disposición plena a los planes del Señor. Oración constante. Aceptación total de sus dolores. Exhortaciones delicadas a la fidelidad. Naturalidad perfectamente sobrenaturaliza- da: He ahí el pentagrama sublime donde don Manuel, próximo al encuentro con el Señor glorioso, escribe su obertura final. Mientras la ambulancia prosigue en ruta hacia Madrid, el enfermo intenta mirar por última vez sus queridas tierras

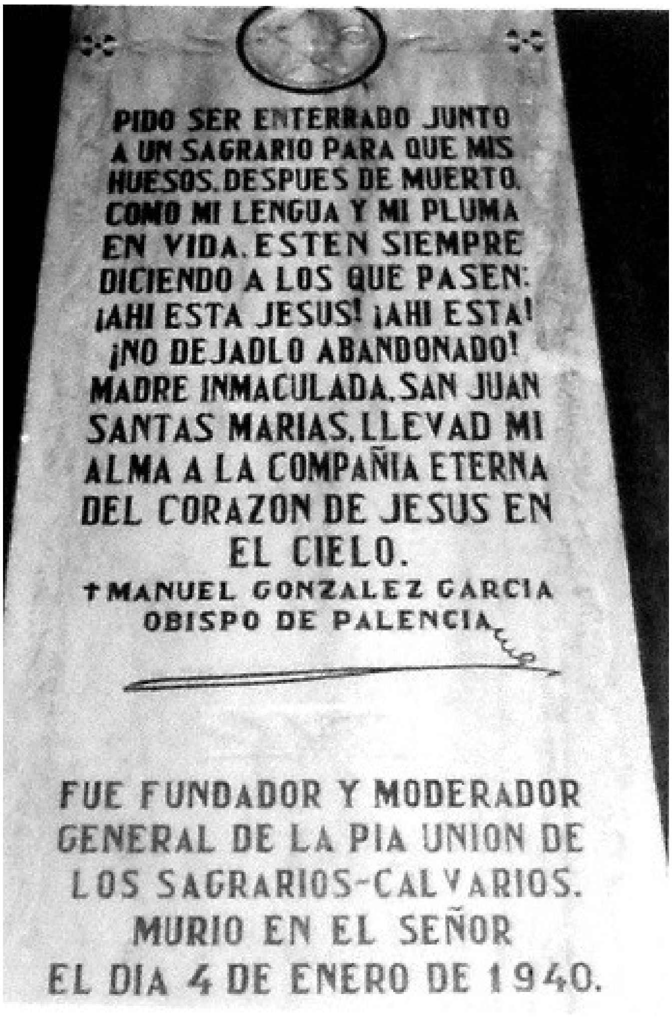
palentinas oscurecidas por las densas brumas de un día plomizo. Su ruego resulta significativo: «Levantad, levantad las cortinas, que yo vea la luz».

Tras ocho horas de fatigoso viaje, quedó encamado en la habitación número 11 del Sanatorio del Rosario. Amanece el primer día del Año Nuevo y por última vez oye la Santa Misa celebrada frente a su lecho. Después formula un deseo: «¿No podíais colocarme la cama frente al balcón, que yo vea el sol..., los árboles..., ¡la luz!» Así lo hacen los familiares y, cuando la hermana enfermera se extraña de esta mudanza, el enfermo responde con amable sonrisa: «Hermanita, somos andaluces, nos gustan las flores y el sol... ¡Eso no es pecado!» (82).

El día 2 la gravedad aumenta y el 3 no caben ya esperanzas humanas de salvarlo. Continúan las jaculatorias musitadas con mucho esfuerzo. Reza el Magníficat. El día 4 de madrugada recibe por última vez a Jesús Sacramentado. Levanta su brazo derecho para dar a los suyos la última bendición de padre y pastor. La paz del justo que muere en el Señor trascendía de su semblante dichoso y sereno. A la una de la tarde una leve contracción y un vómito de sangre marcaron la señal de la partida. Acababa de morir santamente como había vivido don Manuel González García, el antiguo arcipreste de Huelva, el sufrido obispo de Málaga, el venerado pastor de Palencia, y sobre todo el obispo del Sagrario abandonado, puesto que tal fue su aspiración programática: Ser *el obispo de los consuelos para los dos grandes desconsolados: El Sagrario y el pueblo* (83).

El día 5 de enero, un furgón fúnebre trasladaba su cadáver a su sede palentina. Todos sus diocesanos le lloraron inconsolables, besando su ataúd. El día 7 es sepultado en la capilla del Sagrario de la catedral de Palencia, junto a los sepulcros de doña Inés de Osorio y dona Urraca, la reina de Castilla y Navarra. Debajo de la tierra sus despojos mortales siguen clamando: *Yo quiero ser grano muerto en el surco, que el abandono abrió delante de tu Calvario-Altar y de tu Altar-Calvario... Ésa es toda la lección que Tú enseñas y que yo debo aprender para ser semilla de tu compañía* (84).

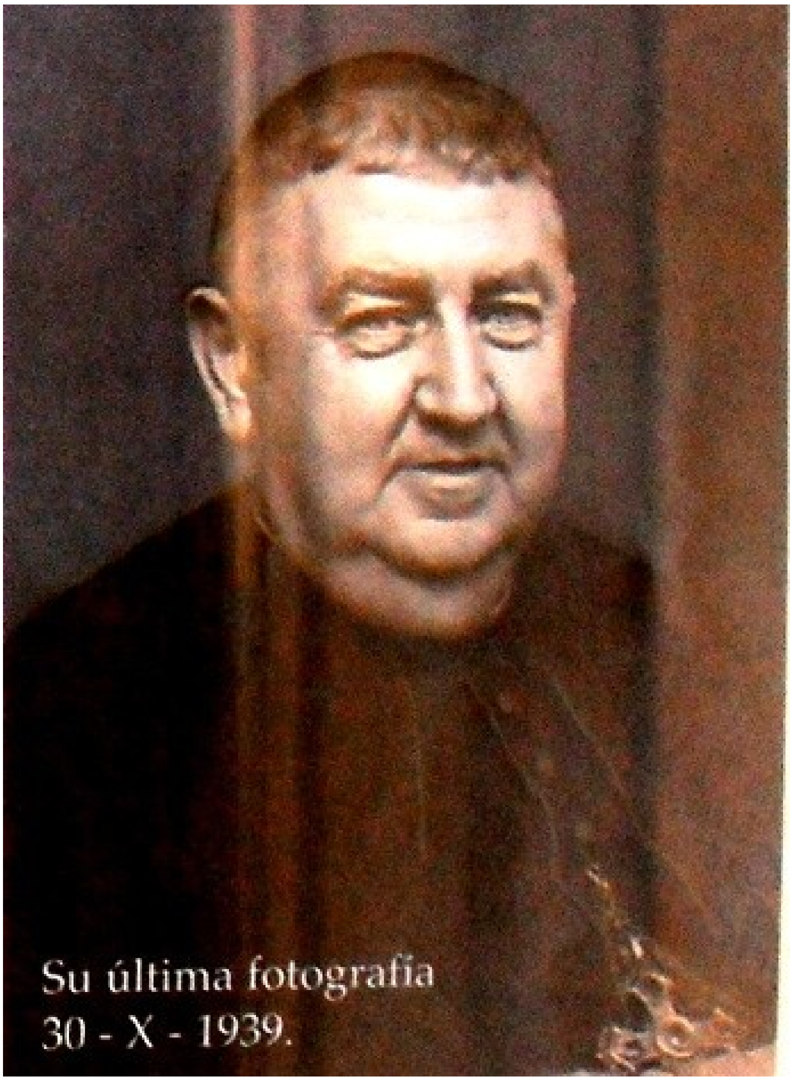
A la luz de la titilante lamparilla del Sacramento, sobre la blanca losa del sepulcro, está esculpido su epitafio escrito de su mano, como lema, herencia, programa y síntesis de toda su vida íntegramente gastada al servicio de la Eucaristía.



> «Pido ser enterado junto a un Sagrario para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No dejadlo abandonado! Madre Inmaculada, San Juan, Santas Marías, llevad mi alma a la compañía eterna del Corazón de Jesús en el cielo» (85).

Con estas edificantes palabras que de modo perenne florecen perfumadas en su tumba y que miles de almas se saben de memoria, termina Campos Giles su hermosa biografía.

Nuestra fugaz semblanza, exceptuados algunos datos, no pretendió ser sino cifra y resumen de lo más notable que allí tan magistralmente se nos describe. A esta fuente remitimos al lector deseoso de ampliar cuanto se recoge en la presente síntesis.

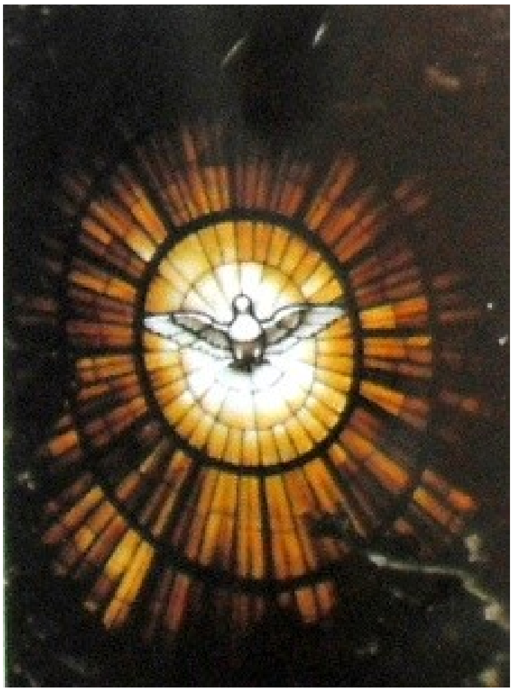


* * * * * * *

Como coletilla final de esta esquemática semblanza biográfica del Beato Manuel González que vio la luz por vez primera el año 1975, registramos con gozo que su figura ha pasado ya a la Hagiografía Católica, al ser beatificado solemnemente el 29 de abril del año 2001 por su Santidad Juan Pablo II. Como broche de oro transcribimos las palabras del Papa que resonaron como un estallido de gloria en la Plaza de San Pedro.

«Aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: Es el Señor». En el Evangelio hemos escuchado que, ante el milagro realizado, un discípulo reconoce a Jesús. También los otros lo harán después. El pasaje evangélico, al presentarnos a Jesús que «se acerca, toma el pan y se lo da», nos señala como y cuándo podemos encontrarnos con Cristo resucitado: en la Eucaristía, donde Jesús está realmente presente bajo las especies de pan y de vino. Sería triste que esa presencia amorosa del Salvador, después de tanto tiempo, fuera aún desconocida por la humanidad.

Ésa fue la gran pasión del nuevo Beato Manuel González García, Obispo de Málaga y después de Palencia. La experiencia vivida en Palomares del Río ante un Sagrario abandonado le marco para toda su vida, dedicándose desde entonces a propagar la devoción a la Eucaristía y proclamando la frase que después quiso que fuera su epitafio: «¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No dejadlo abandonado!». Fundador de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret, el beato Manuel González es un modelo de fe eucarística, cuyo ejemplo sigue hablando a la Iglesia de hoy...»



CITAS

(1) El Obispo del Sagrario Abandonado, Beato Manuel González, Obispo de Palencia, antes de Málaga, 6ª ed. Madrid, El Granito de Arena, 2000. 560 págs. Seguimos fielmente esta ejemplar biografía escrita con galanura, amenidad, unción y sobre todo con rigor histórico.

Creemos que es modelo en su género.

(2) Hch 10,38.
(3) Mt 11,29.
(4) Sal 44,14-
(5) 1 Cor 9,23.
(6) 1 Cor 9,12.
(7) Ef 1,14.
(8) Prov 31,10-31.
(9) O. cit., pág. 15.
(10) CAMPOS GILES, o. cit.. pág. 16.
(11) *Lumen gentium,* n° 11.
(12) Decreto sobre la formación sacerdotal, n° 2.
(13) Mt 4,2; Rm 1,1.
(14) CAMPOS GILES, o. cit., pág. 21.
(15) CAMPOS GILES, o. cit., pág. 32.
(16) *Lumen gentium,* n° 2
(17) CAMPOS GILES, o. cit. págs.42-43.
(18) *Aunque todos... yo no,* 8ª ed. págs. 7-18.
Campos Giles, o. cit., págs. 43-46.
(19) *Aunque todos... yo no,* 8ª ed. págs. 16-18-31.
(20) Cf. Gn 22,1; 46,2; Ex 3,4.
(21) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 43.
(22) CAMPOS GILES, o. cit. pág., 47, nota 4.
(23) *Aunque todos... yo no,* 8ª ed. pág. 20

(24) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 65.

(25) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 61

(26) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 62

(27) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 62

(28) «El Granito de Arena» n° 1.148 (mayo-juniol968). pág. 101.

(29) Me 4,27.

(30) 2 Cor 12,15.

(31) Mt 13,8.

(32) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 68.

(33) CAMPOS GILES, o. cit. págs. 221-222.

(34) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 220, nota 2.

(35) Se cumplía en este día el segundo aniversario de la muerte de su santa madre.

(36) CAMPOS GILES, o. cit. págs. 230-231.

(37) «Granitos de Sal», 2ª serie, 4ª ed. pág. 94.

(38) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 240; *Lo que puede un Cura hoy,* 9ª ed. Apénd. págs. 277-278.

(39) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 66.

(40) *La acción social del párroco:* Conferencia de la III Semana Social de Sevilla.

(41) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 241.

(42) J.M. SERRANO ÁLVAREZ, *Una vida para la Eucaristía,* Ediciones «El Granito de Arena», pág. 18.

(43) CAMPOS GILES, o. cit. Apéndice n° 5.

(44) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 248.

(45) CAMPOS GILES, o. cit. págs. 249-250.

(46) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 267.

(47) Mt 14,13.

(48) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 272, nota 5.

(49) Lo *que puede un Cura hoy,* 8ª ed. pág. 95.

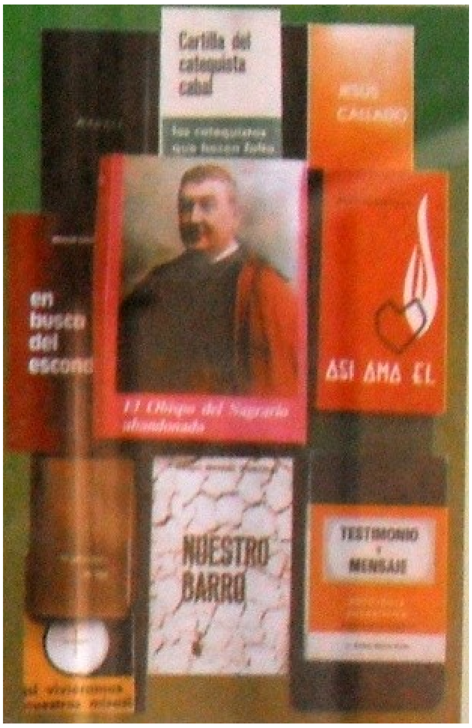
(50) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 363.

(51) 1 Cor 5,12.

(52) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 367.

(53) Jn 18,8.
(54) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 368.
(55) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 380.
(56) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 381.
(57) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 385.
(58) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 389-390.
(59) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 394.
(60) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 397.
(61) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 407.
(62) Texto publicado en el «Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo (1931) 269-284.
(63) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 400.
(64) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 409.
(65) 2 Tim 2,9.
(66) Le 8,8.
(67) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 413.
(68) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 415.
(69) CAMPOS GILES, o. cit. ibid.
(70) M jaculatoria de hoy, 2ª ed. pág. 80. CAMPOS GILES, o. cit. pág. 425.
(71) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 430.
(72) CAMPOS GILES, o. cit. págs. 435-436.
(73) J.M. SERRANO ÁLVAREZ, o. cit. págs. 25-26.
(74) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 543.
(75) CAMPOS GILES, o. cit. págs. 554-559.
(76) 2 Tim 1,12. CAMPOS GILES, o. cit. pág. 557.
(77) 1 Cor 9,24-27.
(78) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 558.
(79) CAMPOS GILES, o. cit. págs. 559-560.
(80) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 562.
(81) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 563.
(82) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 566.
(83) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 568.

(84) CAMPOS GILES, o. cit. pág. 577.
(85) CAMPOS GILES, o. cit. págs. 577-578.



Sus libros

Don Manuel fue un escritor fecundísimo y de un atractivo tal que podía competir, y ganaba, con los escritores profanos más leídos. ¡Era un don de Dios...!

¿Cuántos millones de letras escribid? Si su Ángel Custodio llevó la cuenta, él podría contestar... Todos escritos para enseñar e impulsar al amor de Dios, al amor de Jesús, al amor de la Eucaristía, al amor del Evangelio, al amor de la vida genuinamente cristiana...

(Del prólogo de su biografía «El Obispo del Soprano abandonado»).

Causa de Canonización
C/ Obispo Manuel González, 1
34005 PALENCIA. España. Tfno. 979 748 913
e-mail BTO.M.GONZALEZ@terra.es